

Chuang Tse

Textos escogidos

Selección, traducción del chino clásico,
estudio y notas
de Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: 庄子

Edición original: 《庄子集解》,《诸子集成》,三,
团结出版社,湖南,1996;《庄子集解》,中华书局,
北京,2004

Primera edición: 2019

Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección, traducción, el estudio y las notas: Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9181-613-3

Depósito legal: M. 20.671-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del Editor
- 15 Chuang Tse: Textos escogidos
- 193 Epílogo: El taoísmo
- 195 1. Las raíces
- 207 2. El nacimiento del taoísmo
- 217 3. La estructuración del taoísmo
- 225 4. Las tendencias principales
- 232 5. Final
- 237 Relación de títulos asignados a los textos escogidos

Nota del Editor

La colección de textos que se atribuyen a Chuang Tse integra, junto con el *Tao Te Ching* (publicado en esta misma colección¹), el andamiaje fundamental sobre el que se levanta el edificio del Tao.

Decimos «edificio del Tao» porque, como ilustra bien Gabriel García-Noblejas en el iluminador estudio que acompaña a la presente versión y selección, son estas dos columnas de fuego (o de energía), una más contemplativa –el segundo– y otra más práctica o descriptiva –el primero–, las que sustentan y dan forma a esta corriente de pensamiento que fue desarrollándose en el vasto territorio de China entre los siglos V-III a. e. c. prácticamente en paralelo con el confucianismo, y a la que vendría a sucederle, con el paso del tiempo y de la historia, lo mismo

1. Lao Tse, *Tao Te Ching*, trad. de Gabriel García-Noblejas, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

que a casi toda corriente de pensamiento que participe de un elemento trascendente: convertirse en una religión, solidificarse en unos códigos, a menudo en unas prácticas o ritos, y servir de sostén o de pretexto no sólo a otros seres humanos, más o menos perfectos, más o menos imperfectos, que hallan allí un cauce de vida, sino incluso, en último término, a organizaciones sociales que toman la forma de estado.

Sin embargo, con Chuang Tse todavía no estamos allí. No se dan, aún, contaminaciones ni confluencias con el confucianismo –salvo para arrojarle alguna que otra pulpa o utilizarlo como término de comparación– y, menos aún, con el budismo. Y la selección que aquí presentamos se centra en aquello que más puede resonar en nosotros hoy en día, en una época de cada vez mayor desconcierto y menos certezas. ¿Adónde mirar sino hacia el interior de uno mismo y hacia esa chispa de trascendencia que todos tenemos o creemos tener?

Puede que no fuera casualidad que el Tao se alumbrara en la turbulenta época de la historia China que se conoce como la de los «Reinos Combatientes». Nosotros no sabemos qué etiqueta pondrá la Historia a los tiempos que vivimos, pero sí que son tiempos en que allí donde miramos nos sentimos invadidos por un malestar tan profundo como difuso, en que nos rodea una gran estridencia, en que nuestro «yo» se siente amenazado a cada paso, paradójicamente a la vez más controlado y más expuesto, y que en ellos no es extraño que busquemos, medio ciegos y apaleados, espacios de silencio y de refugio.

Y, en realidad, en una época no sólo de incertidumbre, sino de decepción y pérdida de confianza en los sueños

que han alimentado nuestras esperanzas en las últimas décadas, pocas certezas más seguras que las que nos da el antiguo Tao en los poemas del *Tao Te Ching* y en las fábulas y aforismos del maestro Chuang Tse: sólo hay un lugar donde guarecerse y donde hacerse fuerte: en la aceptación del orden natural de las cosas. La resistencia causa dolor, al igual que lo hacen el intrusismo en la naturaleza, el afán de control, la ambición... Sin embargo, el Tao llama a recogerse, no a conformarse pasivamente sino activamente, con conocimiento, siquiera sea éste el que no es, no puede ser, más que relativo y limitado. «Conocer el límite del saber es el supremo saber» (§ 67); «el conocimiento perfecto es aquel que se detiene allí donde se sabe incapaz de proseguir» (§ 27), podemos leer.

Y asimismo resuenan en tales admoniciones los conceptos clave que encontramos en el *Tao Te Ching*, a saber: la «no acción» y la entrega al fluir de la existencia. Se hallarán a lo largo de esta selección numerosas llamadas a la quietud y elogios de la misma, así como a la no intervención frente a la armonía y perfección del Tao o, si se prefiere, del principio ordenador del universo. Es algo, además, que viene a adecuarse a aquella otra máxima tradicional de la felicidad que advierte que no hay que tener lo que se desea, sino desear lo que se tiene: «Aquel que ha logrado comprender la verdadera naturaleza de la vida no se desgasta en pos de aquello que la vida no puede dar» (§ 68).

Todo tiene su razón de ser, todo tiene su ventaja, y sólo el necio —o el ciego— se empecina en actuar sobre la naturaleza o contra ella, o contra el Tao. También en estos

tiempos en que la acción devastadora del hombre sobre la naturaleza parece estar llegando ya a un punto crítico y a no admitir más justificaciones, advertimos que estas antiguas palabras adquieren nuevamente especial fuerza.

Por medio de estos textos taoístas conocemos que la cultura china tiene memoria, o recurre, como muchas otras a lo largo del mundo, a un pasado arcádico, dorado, perfecto –recuérdense la Edad de Oro, el Paraíso terrenal, la Arcadia–, a partir del cual se despeña el género humano. Es una nostalgia casi inherente a la especie. Una nostalgia que se proyecta hacia un futuro igualmente espejismo, llámese retorno a la Unidad, inmortalidad, nirvana o resurrección de la carne: formas de «salvación».

Chuang Tse guarda memoria de ese tiempo (§§ 15, 40, 44, 56, entre otros), pero aún no lo ha proyectado. Al contrario, su aspiración parece ser más bien el regreso a lo que podría llamarse una Confianza Primordial, aquella que la bestia inconsciente –mecanismo perfecto en su naturaleza y cuyas reacciones no enturbia el intelecto– guarda aún, armónicamente, en la existencia. Incluso en el fragmento 44 se llega a poner en duda que el hombre –que piensa y escribe, y por tanto ya destruido– pueda acceder al Tao.

Y es que el taoísmo enfrenta o contrapone, en efecto, la sabiduría del Tao (o universal) y la sabiduría intelectual, humana, preñada de soberbia, semilla de desgracia, la cual preconiza, incluso, desaprender (§ 45). Como dice el propio Chuang Tse, el Tao se recibe, no se transmite (§ 49): «Nadie puede ayudar a nadie a alcanzar el conocimiento de la verdad» (§ 83) y «sólo no conociendo se puede conocer» realmente (§ 48).

En efecto, Chuang Tse gusta de suscitar certezas a través de la duda o la paradoja: ¿qué es la realidad?, ¿qué no lo es? Nos redimensiona sin contemplaciones en el mundo, aplicándonos una dosis de relativismo siempre saludable (§§ 4, 63, 67, 71 y otros) que encuentra una de sus manifestaciones más actuales en la cuestión de «la utilidad de lo inútil», objeto de los fragmentos 12, 13 y, parcialmente, 81 de esta selección.

Este relativismo llega a abarcar, interpelándola, a la propia existencia, como en el famoso fragmento de la mariposa (§ 7). Yendo un paso más allá, podríamos preguntarnos: ¿es el Tao quien sueña a Chuang Tse o es Chuang Tse quien sueña el Tao? La existencia como realidad o como ilusión es un punto, entre otros cuantos, en los que posteriormente el taoísmo vendría a encontrar una confluencia con el budismo.

No sería la única. También sabemos por el estudio de Gabriel García-Noblejas que uno de los objetivos principales del taoísmo fue el muy humano de controlar la vida y la muerte y conseguir la inmortalidad (aunque de diferente manera, no otro es el objetivo budista de salir de la rueda de las reencarnaciones), incorporando así el componente salvífico presente en la mayor parte de las religiones ya mencionado. Pero, como en el caso de la transformación en fenómeno religioso a que aludíamos antes, en la época en que se recogen estos textos todavía no estamos allí, sino que la aspiración del hombre sabio ha de ser la adquisición de la conciencia de que regresará al Tao, a la energía del cosmos, y que esto es lo natural, lo que marca el orden del universo (§§ 16, 17, 25, 36, entre otros).

Chuang Tse es el complemento, la otra cara de la moneda del *Tao Te Ching*. Respira la misma sabiduría, inspira la misma serenidad, reclama el mismo silencio y tan sólo exige la entrega, el asomarse al Tao con total confianza, como lo hacen en sus respectivas fábulas el carnicero (§ 10) o el carpintero (§ 80).

Como se ve, son múltiples los aspectos de la existencia y de las preocupaciones humanas, de sus preguntas y dudas, los que toca de forma directa o indirecta, desde una perspectiva u otra, Chuang Tse. En este sentido, sus palabras, sus fábulas, aportan, por decirlo así, un particular «arte de vivir», de afrontar la existencia, que sigue siendo tan útil hoy como hace más de dos mil años.

Liberados de trabas, de frenos, de prejuicios, nos podremos acercar a su libro, entrar en él como quien se va sumergiendo pero a poco en un agua cristalina, y tomar aquí y allá lo que sintamos útil para nuestro viaje.

Chuang Tse
Textos escogidos

Despégate

A la rana que vive en una charca no se le puede hablar del mar, ahí, siempre en su barrizal. Ni a los insectos propios del verano se les puede hablar del hielo, por la corta vida que tienen. Ni al letrado enrevesado se le puede hablar del Tao, por estar siempre enredado en sus creencias.

Cuando hayas dejado tus orillas atrás, cuando hayas contemplado el vasto mar, cuando hayas reconocido tus propias redes, entonces te hablaré del Tao.

La sabiduría profunda y la sabiduría superficial

Mira esa seta: nace al amanecer y, antes del anochecer, ya murió; nada sabe del paso del día a la noche, ni de la noche al día. Ahora considera una cigarra: jamás sabrá qué es la primavera, qué es el otoño. Cortas vidas tienen. Y piensa ahora en esas tortugas que viven en el Mar del Sur, para las que quinientos años son como una primavera, cinco siglos apenas un otoño; o en aquellos cedros gigantes que crecían en la Antigüedad para los que ocho mil años eran apenas una sola primavera, ochenta siglos apenas un otoño. Y ahora ven, mira nuestros tiempos, dime: ¿no hemos hecho un ídolo de cualquiera que vive unos pocos cientos de años, como ha sucedido con Pengzu¹? Cuán lamentable. La diferencia que hay entre la sabiduría profunda y la superficial es como la que existe entre una vida larga y una corta.

1. Célebre figura de la Antigüedad china a la que se atribuía una vida mucho más larga de lo normal.

Las flautas del Cielo

—¿Has escuchado alguna vez cómo suenan las flautas de los hombres? Quizá. ¿Y las flautas del suelo? Lo dudo. Y más aún que hayas llegado a escuchar alguna vez las flautas del Cielo.

—¿Y qué flautas son las del Cielo, maestro?

Entonces, recostado contra una mesa baja, el maestro contestó diciendo:

—Primero te explicaré cuáles son las flautas del suelo. Lo que nosotros llamamos viento es, en realidad, el aliento que la Tierra emite. Si la Tierra no respirara, no habría ningún viento en ningún lado. Pero cuando lo hay, cuando respira, hay un sinfín de oquedades que comienzan a sonar, a sonar como lamentos. ¿De verdad que nunca las has oído? Es como si las hoces y los barrancos que se abren entre los bosques de la montaña, los huecos y resquicios que hay entre las ramas de esos gigantescos árboles cuyos ramajes llegaran a cubrir media fanega fueran bocas, narices, oídos, fueran ángulos entre vigas de madera o ranuras entre las tablas de los cercados de los animales, fueran barrancos profundos con pozos de agua o cuevas con lagunas subterráneas por las que el viento, al pasar, sonara como agua que corre, como flecha que vuela, como alguien que inspira o alguien que espira, como alguien que llama, como alguien que llora, como alguien que clama, como ave que canta, como ave que grazna. Silba cuando viene, ulula cuando se va.

»Las brisas nos dan armonías pequeñas mientras que los vientos nos dan grandes armonías y, cuando cesa totalmente el sinfín de oquedades de que hablo, queda todo como vacío y tan sólo se escucha entonces las hojas de los árboles moviéndose.

–Si la música humana sale por las flautas hechas de bambú que los hombres tocamos y la música de la Tierra sale por todas esas oquedades, ¿de dónde sale la música del Cielo?

–La música del Cielo no es sino el sinfín de los sonidos que nacen de manera natural. Ahí tienes la música del Cielo.

Relatividad 1

Ahora tengo algo que decir. Están los que consideran que hubo un principio y los que consideran que hubo un principio sin principio y los que consideran que hubo un principio sin principio que tampoco tuvo principio. Están los que consideran que había algo y los que consideran que no había nada y los que consideran que había una nada que no había tenido principio; y los que consideran que había una nada que no había tenido principio que sí había tenido principio. Que lo que había o lo que no había surgió de súbito, aunque desconocen qué era lo que había o esa nada que no era nada. Pero, todo lo que acabo de decir, ¿lo he dicho? El resultado de lo que he dicho ¿es algo dicho?

Nada hay bajo el Cielo más grande que la punta de un cabello que se cae, pero el monte Tai es pequeño. Nada hay más longevo que un niño que muere recién nacido, pero el legendario centenario Pengzu fue alguien que murió prematuramente. Yo soy tan viejo como el Cielo y la Tierra, nací cuando nacieron ellos; y formo una unidad con todos los seres y las cosas que existen en el universo.

Soy uno con ellos, ¿qué gano con decirlo? Y si no lo digo, ¿qué gano con callar?

El gran sueño

Los que están soñando que están comiendo y bebiendo y se despiertan, se echan a llorar. Los que están soñando que están llorando y lamentándose y se despiertan, se van de caza. Cuando soñamos, no sabemos que soñamos. Incluso interpretamos el sentido de lo que soñamos mientras soñamos e ignoramos que estamos soñando hasta que nos despertamos. De igual modo habrá un gran despertar tras el cual sabremos que esto es un gran sueño que soñamos. Los tontos, sin embargo, creen estar despiertos y se dicen a sí mismos que saben.